

**Primer Premio Poesía mayores de dieciocho años: LAURA
GIMENEZ DEL TORO, de Majadahonda (Madrid) por “La
Espiral”**

Desconozco si estoy viva.

Recuerdo la vergüenza de nacer mujer en China.

Antes de cumplir los diez años

me compró un hombre en la India

y estuvo abusando de mí

hasta que ya no podía llamarme niña.

Entonces vinieron otras.

Y aunque mi victoria suponía su derrota, escapé.

Durante la huida me lapidaron en Oriente

y me esclavizaron en África.

Por aquello de que el placer de la mujer es pecado

cometieron el pecado de mutilar mi placer.

Desde entonces no guardo memoria sin rabia

ni conozco descanso sin pesadillas.

Desconozco la edad que tengo.

Cuando llegué a Latinoamérica

tuve que prostituirme durante un tiempo.

He criado a varios hijos

que desconocen qué es un padre.

Y he visto como a mis hijas

las educan débiles y serviciales.

He guardado luto

y he desfilado desnuda en carnavales.

He limpiado escaleras y la escena del crimen.

Me he aclarado la piel por entrar en los Estados Unidos

y he sabido que sigue siendo un sueño cada vez menos cerca

la libertad de una mujer negra.

He dejado de comer por presión estética,

me han tildado de neurótica, maniática e histérica.

He tenido muchos nombres,

se dirigen a mí de cualquier manera.

Me han llamado perra, víbora, zorra, bruja, rubia...

Y aún he de sentirme halagada

si es un piropo obscuro lo que suena.

Desconozco dónde he llegado.

Podría ser cualquier ciudad.

Creo que fue al pisar Europa

cuando empecé a escuchar cuentos de princesas.

Un hombre me trajo rosas

y me invitó a cenar.

Me quería tanto, tanto, tanto,

que me tuvo que asesinar.

Desconozco si estoy viva.

La historia es un guion en espiral.

Erradicar la violencia radica
en no mirar hacia otro lado
cuando te apunta la realidad
y aprieta el gatillo.

**Segundo Premio Poesía mayores de dieciocho años: ÁNGELA
LLOPIS LABANDA, de Madrid, por “Glosario del (des)amor”**

Me miras. Te miro.

Me gustas. ¿Salimos?

Ilusión.

Me concedes el privilegio de seguirte a cada paso.

Me premias con tu compañía.

Admiración.

Seduciéndome con tus palabras.

Desvelándote cada uno de mis secretos.

Entrega.

Mi mundo dejará de girar si tú no estás.

No necesito a nadie a mi lado si te tengo a ti.

Sumisión.

Suspirando por tus besos, me regalas tus abrazos.

¿Me quieres? Te quiero.

Amor.

Amor.

Dedicándote todo mi tiempo.

Abandonándome a mí misma.

Renuncia.

Eres dueño de mi vida.

Deshaces cada lazo que me ata al resto del mundo.

Soledad.

Ocultando cada lágrima.

Disfrazando de descuido cada castigo.

Mentira.

Hoy me odias. Mañana me quieres.

Me pides perdón. Me odias. Me quieres.

Amor.

¿Amor?

Levanto mi cabeza, sin temores.

Mirando al frente no habrá más caídas.

Valentía.

Dejando de ser “nada si no estás tú” para ser “todo sin ti”.

Recordando que no necesito otra luz para brillar salvo la mía.

Confianza.

Recupero a cada uno de los protagonistas de la película de mi vida.

Comprendo que no buscaban un final, sino un giro de guión.

Superación.

Aprendo que, antes de buscar la palabra NOSOTROS en el diccionario,

debo encontrar la definición de YO.

Fuerza.

Me miro. Me gusto.

¿Te quieres? Me quiero.

Amor.

¡Amor!

**Primer Premio Relato mayores de dieciocho años: ABIGAIL
FERNÁNDEZ AGUIRRE, de San Fernando de Henares (Madrid),
por “El cisne y la serpiente”**

—Mamá, cuéntame la historia del cisne otra vez.

—Cielo...

—Por favor.

Ella suspira y se sienta en el borde de la cama. Su voz, como siempre que narra este relato, es un susurro ronco y apagado que no delata emoción alguna.

Había una vez un cisne que vivía en un estanque en medio del bosque. Tenía un hermoso plumaje blanco, y cuando extendía sus alas para volar, su silueta se recortaba majestuosa en el cielo azul hasta que se fundía con las nubes. Era feliz, libre... inalcanzable.

Todo cambió cuando la serpiente llegó al estanque. El cisne nunca había conocido a un ser igual: tenía una piel de escamas suaves con los colores más brillantes que jamás había visto, cautivadores ojos negros y una voz como un silbido, tan dulce como el viento e igual de poderosa. Siempre tenía sonrisas y palabras amables para el cisne, y pronto este no pudo dejar pasar un día sin visitarla. Apenas se daba cuenta de que cada vez pasaba menos tiempo en el aire, y más tiempo en la cueva de la serpiente. Adoraba su belleza multicolor, tan distinta de sus simples plumas blancas; sus profundos ojos le hacían sentirse deseado, y sus afilados colmillos hacían que se sintiera protegido de cualquier peligro.

Un día, cuando llegó a la cueva, vio que la serpiente no sonreía. Cuando el cisne, deseoso por complacerla, preguntó cuál era el problema, le contestó:

—No soporto que me abandones y estés por ahí volando mientras yo me consumo de soledad en este agujero. Si de verdad me amaras, no volarías más.

La frialdad y la decepción en aquella voz que solía ser tan dulce fueron como flechas en el corazón del cisne. No podía soportar que la serpiente se enfadara con él, así que se apresuró a decir:

—Te prometo que no volaré más. Me quedaré a tu lado.

—Si eso es verdad —dijo ella—, deberías dejar que te arranque las plumas de las alas. Así no necesitaremos tu promesa.

El cisne dudó, y por un momento sus alas temblaron.

—¿Crees que es necesario? —preguntó, con un hilo de voz.

—¿Es que no confías en mí? —replicó el reptil—. ¡Ah! Debí suponerlo. Pues bien, para que veas que mi sacrificio es mayor que el tuyo, yo me quitaré mi propia piel.

Y de pronto, ante sus ojos, la serpiente empezó a desprenderse de sus coloridas escamas. El cisne, incapaz de comprender, cerró los ojos horrorizado y exclamó:

—¡No! Tienes razón. ¡Lo siento! Quitame las plumas. No... no las necesito.

—Cierto —silbó la serpiente, acercándose—. Pero me temo que ahora será más doloroso.

Al terminar el relato, un silencio inunda la habitación. Todavía no se oyen los temidos pasos en el pasillo, pero no tardarán.

—Mami...

—Vamos, cielo. Es hora de dormir.

—¿Por... por qué nunca me cuentas el final de esta historia? Quiero saber qué le pasa al cisne. Al menos dime si va a volver a volar algún día.

Ella mira al techo, luchando por contener las lágrimas. Luego se obliga a mirar a su hija, a los moratones en los brazos de ambas.

Y una vez más responde, con voz queda:

—Algún día, cariño. Algún día.

Segundo Premio Relato mayores de dieciocho años: LUCIANA IANINA BERETTA, de Buenos Aires (Argentina), por “Taxi”

Cuando logré divisar un taxi extendí mi brazo. El taxista me clavó la mirada. En la esquina de en frente una mujer sacó un cigarro del bolsillo. En Palermo, mi amigo Bruno, saboreó el gusto amargo y helado de la cerveza. El taxista clavó los frenos. En Arabia Saudita una mujer fue golpeada por su marido. Yo maldije no haber cargado la SUBE, el viaje me iba a costar caro. En Río de Janeiro a una chica le elogiaron el culo. En Tailandia una niña padaung cumplió cinco años y le colocaron su primer collar. Yo pensé que el taxista no me quería subir porque frenó un poco después de lo pedido. Me acordé de la última vez que me había tomado un taxi. Habían pasado más de dos años. La señora de en frente intentó encender su cigarrillo. Un hombre cruzó el semáforo en rojo. En Tierra del Fuego a una chica le tiró una cicatriz que tenía en la espalda. Pensé que odiaba los taxis porque siempre había que combatir los silencios sepulcrales. En Palermo, mi amigo Bruno respiró hondo porque yo no llegaba. Abrí la puerta del taxi. A la señora de en frente el encendedor no le funcionaba. El taxista comenzó a hablarme. En microcentro una chica de labios rojos y minifalda se subió a un colectivo. En Caballito, mi novio miraba la televisión. En el noticiero decían que Araceli había aparecido muerta. En Liniers un tipo corría con un celular ajeno en la mano. Yo metía mi primer pie en el taxi para darme cuenta de que el tipo hablaba mucho. En frente, un tipo le dio fuego a la mujer. En Polonia un tipo prendió fuego una mujer. En Japón un hombre se hacía la paja con un anime. La mujer del cigarro le dio su teléfono. Una mujer en Liniers se había quedado sin teléfono. Pensé en Bruno, que debía odiarme. Mientras tanto mi abuela tejía. Un hilo era enhebrado por un niño en Bangladesh. Mi madre hacía la cena. Un niño en Etiopía moría de hambre. Mi padre miraba la televisión. Un cuerpo femenino había sido encontrado cerca del Río de la Plata. Mi hermano miraba la televisión. Un conductor le tocaba el culo a una participante del

programa. Bruno tragaba la cerveza como agua. En un bar sonaba la canción Despacito. En una casa se reproducía el último video de la familia entera. Yo apoyé mi culo en el asiento y fue un segundo. Vi un arma en el asiento del acompañante. Bruno me puteó porque llegaba tarde. Mi padre gritó: encontraron otro cuerpo. Mi abuela se pinchó el dedo. Mi madre se quemó la mano. El taxista trabó la puerta.

**Primer Premio Poesía menores de dieciocho años: MARÍA DEL
PILAR GUTIERREZ ARIAS, de Padul (Granada) por “Pequeña
esperanza”**

Te hundes, te hundes,

La sombra te ataca,

Te haces pequeña,

Estás muy cansada.

La sombra te persigue

Y no puedes escapar;

Nunca terminará,

Pensabas en la oscuridad.

Te amaba, creías

Lo amabas, pensabas,

El hizo este infierno

Del que nadie te rescata.

Tiritas de frío, de miedo,

De odio, de culpa.

La sombra te insiste,

La sombra te insulta.

Acostumbrada a asfixiarte

Ya no sabes respirar.

Duerme pequeña,

No sufras más.

Te ha roto, lo sabes

Te duele, lo sientes

Te pega, lo admites

Te callas, como siempre.

No sales de casa,

Nadie entra en ella;

Estás sola con la sombra.

Créeme, ya estás muerta.

Harta de dolor,

Abres un ojo;

Harta de esa sombra,

Abres el otro.

Por fin te das cuenta

De que estabas callada;

La sombra te asusta,

Pero puedes derrotarla.

Y olvidándolo todo,

Diste un paso al frente;

Y así pequeña,

Venciste al fuerte.

**Segundo Premio Poesía menores de dieciocho años: CELIA
CARRASCO GIL, de Tudela (Navarra) por “Sueños desnudos”**

VIDA

Hay momentos en los que no alcanzo a esbozar suspiro,
en los que la cuerda del silencio se estrecha, me aprieta:

recorta mis morfemas, retuerce mis palabras.

Y siento los roces del esparto discurrir por mi piel,
y creo apreciar cómo sus caricias posesivas difuminan mis pupilas,
y quiero creer que, entretanto, la luna ya habrá salido.

Pero al otro lado de la ventana,
el licántropo sigue sin tener a quien cantarle:

la noche

sigue

cerrada.

SUEÑO

Alguien me habló en una ocasión,
acompañándonos nuestras sombras junto al fuego,
de una pradera de malas hierbas, de sonrisas deshilachadas,
en la que por las noches, las margaritas cantaban a la luna.
Alguien me habló de aromas a luz y a igualdad
que quitaban la tensión oscura a los pétalos anochecidos.
Me habló también de la seguridad,
de los extremos que no admitían cota.
Alguien me habló de compartir la longitud
de las travesías, de los caminos conjuntos:
ajustarla a las necesidades comunes.
Alguien me dejó ver aquel día
una vida en la que podríamos ser scouts
los dos juntos.

REALIDAD

Hoy las plantas me han hablado a la luz del alba.

No había pradera, ni malas hierbas, ni licántropos,

sino miradas congeladas.

No había aromas a luz, ni seguridad,

pues nuestras pupilas se han acercado al final del precipicio.

Y tampoco ha sido el nudo de margarita el que nos ha salvado de caernos,

ni la longitud acortada de la cuerda:

ha sido mi cercanía a alguien a quien aprecio,

ha sido su atracción a mi proximidad,

ha sido mi gobierno de la situación,

ha sido su experiencia.

Ha sido nuestra compenetración y lo sabemos.

Y al unir nuestras manos,

libres de cuerdas, de arneses, de restricciones, de prejuicios

hemos visto cómo una margarita pugnaba

por vencer a las rocas y buscar algo fértil en su dureza.

Y su pistilo y su estambre han brillado

como si se hallaran fuera de los límites,

como si de pronto hubieran dejado de nombrar a los nudos

y nos hablaran solo a él y a mí: a nosotros.

Y sí, nos han hablado de vidas libres de vínculos ajenos,

de un lazo que ha salido de nuestra voluntad

y que ha hecho nuestras aspiraciones de scouts verdaderas.

Nos han hablado de un sueño libre de esparto retorcido

y al fin, ya des-nudo, hecho realidad.

Primer Premio Relato menores de dieciocho años: CRISTINA MARTÍ SÁNCHEZ, de Ceutí (Murcia), por “Mi abecedario del amor”

- ¡Riiing, riiing! - Suena el timbre, acaba el recreo.

Me dirigí a clase de Valores éticos. Ahí estaba mi profesora, Mati, tan elegante como siempre. Y el sol, en lo alto, equipándonos de claridad. Ese día me tocaba exponer sobre el tema de la violencia de género.

Me encaminé por el pasillo cuya estrechez me incomodaba. Empecé a sentir un sudor frío y mis manos temblaban por los nervios. Miré a mis compañeros y leí “Mi abecedario del amor” con un dedo índice que, sin querer, acompañaba mi retahíla sin acusar, acompasando mis palabras:

*A-mar es no sentir miedo de quien
amas.*

*K-ilómetros por recorrer para alcanzar
nuestros sueños.*

*B-esos dulces de los que siempre
quieres un poquito más.*

*L-ágrimas que siempre tendrán un
hombro donde apoyarse.*

C-onfianza. Confío en ti, como tú en mí.

*Ll-uvia de besos, que cae cuando nos
vemos.*

D-olor cero; no se daña a quien se ama.

E-rizas mi piel con tus caricias.

M-agia es lo que existe entre nosotros.

*F-idelidad; no hay nada ni nadie que
nos obligue a estar juntos.*

*N-unca me siento sola cuando estoy
contigo.*

*G-olpes, sólo los que damos a la puerta
para entrar.*

*Ñ-oñerías que hago para llamar tu
atención.*

H-ematomas; si me caigo de la bici.

O-bsesión por verte feliz.

I-nolvidables, los momentos a tu lado.

P-alabras para expresar lo que

*J-untos para compartir alegrías y
afrontar problemas.*

sentimos.

*Q-uerer estar contigo y que tú quieras
lo mismo.*

R-espeto. Tú a mí como yo a ti.

*S-exo (¡Me sonrojo!), consentido; los
dos lo deseamos.*

*T-ú: un amigo, un compañero, mi otra
mitad.*

U-nión ante las adversidades de la vida.

V-íctima, nunca.

W-aterpolo: nuestro deporte favorito.

*X-ilófono: instrumento con el que me
compusiste una canción.*

Y-o: ni más ni menos que tú.

*Z-oquete: el peor adjetivo que utilizaré
contra ti.*

Reinó el silencio. Levanté la vista y aprecié cómo mis compañeros aplaudían. Al fondo, Jorge, tímidamente, levantó la mano y, aun con un tenue hilillo de voz, le pidió permiso a la profesora para hacer una fotocopia de mi “abecedario”.

Abandonamos la clase, esta vez, con una lección para mirarnos a los ojos y dejar de ver aquellas paredes como muros uniformes, de cuyo color verde creíamos apreciar que se desprendía un aroma intenso.

Segundo Premio Relato menores de dieciocho años: INÉS SAN JUAN SÁNCHEZ, de El Astillero (Cantabria) por “Viajera”

En una de las estaciones más abarrotadas de toda la ciudad, la ve entre la multitud.

Una viajera que baila al ritmo de los latidos del metro, con dos mochilas a cuestas y una cámara que siempre acaba desenfocada.

Parece que vuela al caminar, con el cabello casi formando un halo angelical.

Y ahí está él, un puerto de ojos grises que por primera vez en mucho tiempo despega. Corre por todo el andén y recoge el pañuelo en el que ella ha guardado sus secretos y con una sonrisa, se los susurra al oído.

En ese momento no hubo nada que no estuviera resguardado por el peso de sus ojos claros.

La viajera se detuvo, y miró con ojos asombrados a aquel que la había encontrado en una canción y dos cafés a medio hacer.

Pasaron tantas horas en ese instante que el mundo no pudo evitar moverse más rápido para dejarles un espacio y un lugar.

Acabaron con tantas letras burbujeando en la garganta que se les alborotaron en un “nosotros” y “nosotros”, tenía sabor a tarta de limón y forma de trajes para salir a bailar. Los jueves son de hip hop, los sábados de tango y los lunes de vals.

Los domingos siempre acaban en partidas nocturnas de ajedrez. Y él siempre usa la misma condenada estrategia, así que ella ha aprendido a proteger a su dama con alfiles.

Y ella le mira y ve hogar, mientras que en su mirada sólo hay fuego y ella, en las noches de invierno, no puede evitar preguntarse cuando va a convertirse en cenizas.

Pero siguen bailando y la música está lo suficientemente alta como para que el mundo se insonorice.

Y noche tras noche, ella se duerme acunada por el crepitar de una hoguera.

Pero el problema del fuego es que quiere ser sempiterno, y un día encuentra una botella de alcohol.

Y el fuego se aviva, pero arde tanto que abrasa la piel.

Meses más tarde la viajera ya no tiene mochila, se la han confiscado.

A ella, que se dejó los pulmones rompiendo techos.

Ya no tiene alas, las han mojado con sangre y se le han pegado al cuerpo.

A ella, la misma que a los 16 se prometió no pertenecerle nunca a nadie, la han encerrado en un nosotros que suena más a reja que a futuro.

Y, a pesar de todo, él compra flores.

Su casa siempre parece un invernadero, y ella ha empezado a pensar que él la ve como una rosa a la que le ha quitado las espinas.

Y no puede evitar darse cuenta de que últimamente las mariposas huyen despavoridas al contacto de su piel.

Todas las noches un escalofrío le recorre la columna cuando él le dice que la quiere, y se le congela la piel cuando se acerca. Después de todo, él nunca va a ser cenizas, va a ser el fuego que la consume. El gas que la adormezca hasta matarla dulcemente.

Y los zapatos de tango, ahora sólo son puntiagudos, y “nosotros” se ha vuelto tan pesado que va perdiendo letras por el camino.

Y “nosotros” sólo es él limpiando la bañera hasta que no quede nada rojo.

Sólo un par de fotos escondidas, lágrimas, un número más.